

RICARDO M. SETARO

★ **SECRETOS** de
ESTADO MAYOR

ESTE LIBRO SOBRE LA GUERRA DEL CHACO HA SIDO ESCRITO EN BASE A DOCUMENTOS SECRETOS QUE OCULTABAN EL ESTADO MAYOR Y EL MINISTERIO DE LA GUERRA DE BOLIVIA

PRÓLOGO DE **TRISTAN MAROF**



COLECCION CLARIDAD

"OBRAS CONTRA LA GUERRA"

BUENOS AIRES



RICARDO M. SETARO

SECRETOS DE ESTADO MAYOR

ESTE LIBRO SOBRE LA GUERRA DEL CHACO HA SIDO ESCRITO
EN BASE A DOCUMENTOS SECRETOS QUE OCULTABAN EL ES-
TADO MAYOR Y EL MINISTERIO DE GUERRA EN BOLIVIA.

PROLOGO DE
TRISTAN MAROF



COLECCION CLARIDAD
"OBRAS CONTRA LA GUERRA"
BUENOS AIRES

Obras de Ricardo M. Setaro

El Alma que se Apresuró. — Editorial M. Gleizer, 1930.
(Agotado).

El Degollador de Fantasmas. — Editorial Tor, 1934.

Imágenes Secretas de la Guerra del Chaco. — Editorial Fegra-
bo, 1935.

Secretos de Estado Mayor. — Editorial CLARIDAD, 1936.

PROLOGO

Este nuevo libro que sale sobre la guerra del Chaco es una acusación. Libro documentado, serio, implacable, caerá como plomo derretido sobre las espaldas purulentas y los mofletes cínicos de los conductores de pueblos. . . El que lo escribe es un joven periodista, valiente y audaz, que vió con sus propios ojos el lugar dramático donde se desarrolló la contienda. Vió cómo dos ejércitos sudamericanos, maniatados, engañados por sus jefes, traicionados muchas veces, se batieron en el desierto sin saber porqué. Murieron piadosamente de sed, de hambre, de desesperación, sin saber porqué. Solamente, en el último instante, chupándose los dedos, en el claror de la muerte, se dieron cuenta del engaño y al despedirse de la vida maldijeron con todas sus fuerzas: ¡Abajo la feudal-burguesía de Bolivia! Y entonces elevaron los puños al cielo clamando justicia. Pero en el cielo tampoco hay justicia. Esa justicia no vino. No ha venido aún. No vendrá jamás, si los propios soldados y los ciudadanos valerosos no se encargan de administrarla, de hacerla surgir, pese a todos los obstáculos, aunque tiemble la tierra, aunque se opongan todas las fuerzas del dinero, aunque para imponer la justicia sea preciso decapitar y herir. La feudal-burguesía no tembló cuando condenó friamente a la muerte a cien mil jóvenes en el Chaco. Ni el señor Salamanca, ni el señor Patiño, ni el señor Aramayo, ni el señor Saavedra perdieron una hora de sueño.

En retaguardia se bebía champaña. En retaguardia las botellas de cerveza formaban regimientos. En retaguardia se hacían negocios y se realizaban fortunas sobre la sangre de los más infelices.

* * *

Si la justicia no la imponen los soldados bolivianos y paraguayos; si otra vez surgen gobiernos de truhanes y de abogados, a sueldo de las compañías petroleras, comprobaremos esta amarga verdad. Bolivianos y paraguayos dos rebaños, no dos ejércitos. Bolivianos y paraguayos embrutecidos y sin esa claridad y lucidez de los pueblos que quieren salvarse.

¿Por qué pelearon en el Chaco? ¿Por territorio? ¿Por honor nacional? ¿Por dignidad?

El Chaco es un inmenso territorio poblado de tribus salvajes que no vale la vida de un gato, tal la expresión gráfica y dolorosa de un oficial boliviano al tiempo de morir. Jamás por territorio semejante se podía condenar a la muerte a cien mil jóvenes, friamente, y con un terror que espanta sí, en ese territorio o lindante con él, no se hubiera descubierto petróleo que detenta la Standard Oil. El pleito del Chaco dormía el sueño de los justos en las cancillerías, hace cien años.

La guerra no puede ser, pues, por territorio o por dignidad. Bolivia tiene un vasto territorio de un millón y medio de kilómetros cuadrados sin cultivar, sin civilizar, sin poblar. Aún no ha cristalizado ni como país homogéneo ni como nación. Su población es una de las más reducidas y sin embargo una de las más pobres del continente. Aún se camina a pie, la rueda es desconocida y la superstición existe. Aún se duerme en el suelo, y el alfabeto es un talismán.

Bolivia es el altiplano. Los españoles fundaron ciudades en el lugar que descubrieron las minas. El resto de Bolivia permaneció abandonado, en manos de la inercia y de la ineptitud. No obstante de su debilidad como nación, Bolivia se dió el lujo de llamar colonias a las vastas regiones del noroeste y del sudeste. Sin cristalizar aún, sin fortaleza y sin vigor, ya tenía colonias como las grandes naciones. Santa Cruz, Tarija y el Beni, departamentos ricos, llenos de materias primas, agricultores por excelencia, fueron desatendidos. Desde el comienzo de la república se los tuvo rezagados, revolcándose en la pereza, enredados en pleitos minúsculos, en tanto que los doctores del altiplano pronunciaban discursos o los militares conspiraban

en los cuarteles. Nunca llegaron a estos ricos departamentos los caminos ni los ferrocarriles ni las escuelas. Llegaron los delegados del altiplano a mandar, beber y lucrar como esos capitanes generales destructores, que enviaba la metrópoli española a sus colonias conquistadas y sometidas, a esos funcionarios sin luz en el cerebro y sin honradez en el corazón jamás les preocupó la idea de cimentar la nacionalidad, de levantarla y enaltecerla; jamás fomentaron el progreso; jamás miraron por encima de sus narices. Su misión era otra. Matones del altiplano o nativos del lugar, corrompidos por el altiplano, sabían ganar elecciones, sabían explotar a los indios, sabían redondear una pequeña fortuna, y luego retirarse a gozar de sus crímenes. Estos instrumentos o funcionarios, como es natural, provocaron el regionalismo, el odio contra el altiplano, la idea suicida de una Bolivia desdichada y paralítica.

Y de esa manera, Bolivia fué perdiendo la fe, desarticulándose de los centros nerviosos, aniquilando su propia capacidad, acostumbrándose a vivir en la miseria, rotos sus ideales, anulada su energía y su vigor. El sur odiaba al norte. El norte al sur. Ambos, norte y sur, despreciaban a las "colonias"; sentían indiferencia por los departamentos alejados como Tarija y Santa Cruz. Para triunfar era preciso alquilarse a los caciques del altiplano, rebajarse en dignidad y obtener al final un puesto público.

Este regionalismo fomentado con pasión por las clases dirigentes, nada tiene que ver con los respectivos obreros explotados, maltratados y humillados. Este regionalismo, precisamente, es el que ha permitido vivir a la clase feudal y aún sobrevivirse. El desastre es su consecuencia.

En esta Bolivia maniatada y rendida, sin conciencia de los negocios, sin burguesía progresista, se incrusta el imperialismo extranjero con facilidad y vienen los explotadores yanquis o ingleses con sus dólares para acabar de someter y humillar a la nación. Bolivia, para este tiempo, es apenas una sombra de país. Acepta aún el control de su economía por una Comisión Fiscal Permanente. Acepta un general prusiano en su

ejército. Acepta todas las condiciones más humillantes de país derrotado.

Pero antes de pasar adelante, examinemos las causas de sus derrotas internacionales.

* * *

En 1879, o Bolivia no ha emergido aún del caudillismo militar. Los golpes de cuartel y los pronunciamientos están a la orden del día. Nadie que no sea militar puede aspirar a la presidencia. Los caudillos nacen en el propio cuartel. Son hombres groseros, orgiásticos y bravucones. Precisamente en este año de 1879 gobierna el país el general Daza, de gran fuerza física y capacidad para la bebida. Se dice de él que es muy valiente, pero no demostrará valentía ni carácter en su vida posterior. Se retira con las mejores tropas bolivianas en Camarones y se le acusa de haber recibido dinero de Chile. (La historia jamás ha podido probar esta acusación, pues Daza, cuando venía a defenderse y a acusar a su vez, es asesinado en Uyuni). De todas maneras el general Daza gobernaba Bolivia cuando la guerra con Chile y era de la misma calaña que el general Melgarejo.

¿Qué era Bolivia en ese entonces? Opinión pública no existe. No podía existir, estando presentes el general Daza y su espada. Clase comercial y mercantil, tampoco. ¿Qué existía? Un pueblo turbio, sometido, crédulo, motinero, que derrocado Daza iría detrás de otro general. ¿Ideas? No era posible. En esa época como en la actual, habría sido atentado contra el orden. ¿Qué había, pues? ¿Patriotismo? Vagamente las luchas de la independencia habían soldado a los altoperuanos en algo confuso y que se llamaba Bolivia. Pero Bolivia no existía, ni se expresaba en la vida civil, sino en los cuarteles. En estas circunstancias, Chile declaró la guerra a Bolivia y al Perú. Los bolivianos poseían una costa amplia con cuatro puertos pero no conocían el mar. Estaba separado el altiplano por el desierto de Atacama, a más de un mes de marcha. Tampoco

conocían los negocios. Los pueblos del Alto Perú llevaban una vida misera, condenados en sus montañas y sin poderse comunicar con el mundo.

La guerra no conmovió al general Daza. Al contrario, como la declaratoria de guerra llegó a Bolivia por los días de carnaval, para no interrumpir sus orgías, la ocultó al pueblo. ¿Qué podía significar para el general Daza, la guerra? En su mentalidad de general, suponía que la guerra era algo así como sofozar una revolución exterior. Ni por un instante, seguramente, pensó en las proyecciones ni le interesó el salitre. Ya para esa época, toda la costa boliviana estaba ocupada por negociantes chilenos y el impuesto de diez centavos, misero y ridículo, no podían tolerarlo, porque jamás un gobierno a mil leguas, a simple título jurídico de propiedad, pero sin fuerza efectiva, puede ser respetado. Bolivia estaba condenada a perder la guerra aunque contase con el apoyo del Perú.

Los chilenos confiaban en su audacia y sabían por qué peleaban. El litoral árido no podía interesarles. La clase feudal chilena, de esa manera, salía del agro y daba un paso ajustado a sus necesidades de desarrollo, aunque después, todo el éxito, sea disfrutado por ingleses y extranjeros, hasta el extremo de hacer exclamar al escritor francés Lafont: "Antofagasta, está en poder de extraños."

En Bolivia y Perú, las clases feudales no habían salido de su sopor. Los motines y golpes de cuartel constituían el único negocio. Los presupuestos miseros, botín de generales y doctores. Nadie pensó en el salitre. Y el Litoral boliviano, poco a poco, fué conquistado por empresarios chilenos e ingleses.

La guerra del 79 debió ser una dura lección para Bolivia. Sin embargo, parece que no lo fué. Volvieron al gobierno los generales y los doctores, sin comprender el significado de la guerra y sin ahondar los problemas de su propia desgracia. Para calmar al pueblo, como sucede en estos casos, se escribieron manuales patrióticos, consoladores e ingenuos, que lejos de producir el efecto patriótico producían la chatura y el odio. No se habló con valentía y serenidad de lo que se debía hablar. No

se rectificó el timón nacional. Se sumergió al pueblo en la morfina patriótera, sin explicarle que los males nacionales radicaban en la debilidad propia, en la desarticulación del país, en su atraso y ceguera para comprender su economía, su independencia y el control de sus riquezas. No brotó la clase comercial y mercantil que habría llevado a los últimos confines de la república el progreso. No se hizo ninguna tentativa para alfabetizar al indio y convertirlo en ciudadano digno. No se crearon las bases de un país fuerte. En resumen, no se comprendió el fenómeno de la derrota. Se mantuvieron los moldes como antes: un pueblo dividido en tres clases sociales antagónicas, separadas hasta por los trajes: blancos, mestizos e indios.

La juventud liberal de esta época que emergió contra los gobiernos conservadores, luchaba por conquistas líricas y vacías que estaban reñidas con el sentido práctico. Más tarde veremos a los liberales acusados de los mismos vicios que furiosamente señalaban a los conservadores. Los veremos transando con el patrimonio nacional y vendiendo territorios. Los veremos, por fin, en su agonía, para subsistir, unidos a los conservadores. Comprobaremos que liberalismo y conservantismo son una misma cosa en el terreno de la realidad. Ambos partidos feudales, cínicos, destructores.

* * *

A comienzos del siglo, Bolivia se ve envuelta por segunda vez en una guerra internacional con el Brasil. No se ha cicatrizado aún la herida del Litoral y se dispone a perder un nuevo territorio, rico en caucho y quinas. Están en el gobierno los liberales, precisamente aquéllos que combatieron con tanto ardor al presidente Arce, y le motejaban su conservantismo. En el poder se tornan ultra-conservadores, realizan negocios y engordan a la sombra del erario nacional. Algo más: se aristocratizan. Los liberales representan en la historia de Bolivia algo así como los intermediarios entre las riquezas nacionales y el imperialismo. Veremos más tarde cómo Salamanca, feudal

típico, liberal de principios, se envuelve en el liberalismo para pronunciar sus discursos demagógicos y detrás del manto saca la mano seca para cobrar los dividendos de sus tierras y de las aguas de regadío en los valles de Cochabamba. Pero Salamanca es feudal, propietario y abogado tenaz. Otros que no tienen fortuna la hacen en el poder, alquilando sus servicios a las compañías extranjeras, tal el caso de los Carlos Calvo, de Montes, de tantos otros.

Carlos Calvo, abogado conocido por sus traiciones, es la antena del imperialismo extranjero y la partera de todos los negocios sucios que se fraguan contra la dignidad de Bolivia. No obstante esto, Carlos Calvo es designado delegado ante la Conferencia de la Paz en Buenos Aires, pero la gente se pregunta qué defiende este abogado: ¿a su país de origen o a la Standard Oil? Es posible que entre Bolivia y la Standard Oil la elección no sea dudosa, pues recibe un sueldo de quince mil pesos por mes desde hace una decena de años.

Pero no nos alejemos de la guerra de Bolivia con el Brasil y la pérdida del Acre. Bolivia se encuentra más o menos en las mismas condiciones que estaba en 1879 cuando la guerra del pacífico. No se ha modificado su estructura feudal. No se han modificado las costumbres. Los liberales vacíos y huecos han subido al poder. Existe todavía el siervo y el señor feudal sin cerebro que finca todas sus aspiraciones en la explotación ridícula y trágica. El pongueaje no se ha suprimido. Subsisten las castas. Subsiste la suciedad, la pobreza. Subsiste la superstición. Y estamos a comienzos del siglo XX. Una clase media se debate en la incertidumbre, buscando el puesto público y rebajando su dignidad. No hay otro recurso de vida. Sin embargo, los campos yacen abandonados, de un confín al otro de la república la inercia es reina y soberana. Para ir al noroeste es preciso un mes de molestias.

Pero en el noroeste, con motivo de la explotación del caucho se ha producido un fenómeno. Miles de brasileros han acampado como en tierra propia. En poco tiempo va a suceder el mismo fenómeno que sucedió en la costa boliviana en 1879.

El gobierno sólo mantiene delegados generales y funcionarios con un gramo de materia gris, borrachos e ineptos. El único boliviano que comprende la riqueza del caucho es el señor Suárez, que muy pronto deviene millonario y extiende sus negocios a Londres. El señor Suárez es una excepción. Es un boliviano mitad feudal y mitad bárbaro, rey de sus dominios, frío en los negocios y que tiene de la vida boliviana concepciones absolutamente feudales, a pesar de que respeta Londres y la contabilidad. Es organizador de empresas, tesorero y sin escrúpulos. Le importa muy poco la vida de los miles de trabajadores cruceños y benianos que perecen, con tal de que prosperen sus negocios y los ingleses le paguen millones de libras esterlinas por sus plantaciones.

Esta competencia de un señor Suárez, apoyado por un gobierno que se encuentra a mil leguas, en el altiplano, sin correos y sin comunicaciones telegráficas, no la pueden tolerar los empresarios brasileiros. El industrial Suárez y media docena de bolivianos constituyen el más serio obstáculo. Entonces surge en medio de la selva un aventurero español llamado Castro y se declara libertador del Acre contra la tiranía y la inercia bolivianas. Los brasileiros lo apoyan y el gobierno de Río de Janeiro deja que los aventureros se apoderen de una de las regiones más ricas de Bolivia en esos instantes. Bolivia, más tarde, en recompensa, recibe un millón de libras del Brasil. Igual suma dará Chile al general Montes, presidente liberal, como satisfacción material por la pérdida del Litoral boliviano y la firma del tratado de 1904.

* * *

En 1920 siguen gobernando aún los liberales. El territorio nacional de tres millones de kilómetros cuadrados se ha reducido a uno y medio. Cesiones territoriales del general Melgarejo; cesiones del Litoral y el Acre. Pero estas desgracias no han afectado profundamente al altiplano. Sigue desarrollándose su vida mísera y trágica. Una clase reducida goza de todos los

privilegios, si a esto se llama gozar. Pero en realidad la vida de Bolivia se mantiene gris, opaca y sin brillo. Grandes talentos no existen. Grandes creadores tampoco. Ni siquiera grandes bandidos. Todo es mediano, achatado, sin color y sin matiz. Un pueblo de tres millones y medio de habitantes bosteza en calles y plazas. Directores divertidos y pintorescos como Franz Tamayo y Salamanca. El uno es un payaso de feria, taumaturgo de baratillo; el otro, un cuervo gris; vestido eternamente de chaquet, amarillento y que tiene el raro privilegio de contagiar su color a los libros y al ambiente. Habla solemnemente, su cabeza reposa en el siglo XVIII y sus alcances son de un bachiller de provincia del medioevo. El perfecto tipo del cretino engreído e importante.

Este hombre, por un raro capricho de la suerte, llega a ser el eje de los destinos de Bolivia. Elegido sin contendor en 1931 y apoyado por una Junta Militar reaccionaria, (policía de Patiño), a la cabeza de la cual estaba el general Blanco Gallinas, sus primeros actos son de amenaza. ¿A quién amenaza? A la juventud inquieta, al pueblo obrero, a Bolivia íntegra que quiere abrir los ojos. Con frase airada dirá: "la reforma universitaria es el camino hacia el bolcheviquismo de la juventud". Pero unos meses de gobierno después, este hombre siniestro, vestido siempre de negro, condenará a esa juventud a la muerte en los desiertos del Chaco. Nadie le contradijo a Salamanca. Nadie elevó la voz. Todo alrededor suyo era acatamiento y sumisión. Servilismo ante el "hombre inmaculado" que durante treinta años había acampado en la oposición su intransigencia demagógica. Servilismo ante el "hombre inmaculado", el buen burgués de los dos millones de pesos que obtenía rentas vendiendo agua a los campesinos en el valle de Cochabamba. ¡Había que leer la prensa, entonces! Posiblemente ningún boliviano fué tan elogiado por la prensa y la opinión pública como Salamanca. Se le llamaba con toda seriedad el "primer cerebro de Bolivia". Se decía de él en baja adulación el "Catón boliviano". Pues bien; este Catón es el que hundió a Bolivia en el desastre y la desolación. Este "primer cerebro", el autor de

todos los desastres de la guerra. Este "hombre inmaculado", ciego instrumento de la Standard Oil, que ni aún supo comprender ni vislumbrar en el instante de su derrota, el fenómeno imperialista de la guerra. Para él como para muchos bolivianos chatos y sin imaginación, la guerra fué por dignidad, por territorio, por el honor ultrajado! Para eso se gastaron mil millones de pesos, se arrojó la dignidad de la república por los suelos y se la sigue arrastrando aún en una vergonzosa tragedia.

¡Que canten loas a Salamanca como se le cantaba a comienzos de la guerra, cuando toda la república de Bolivia era un cuartel! ¡Que se tenga esa confianza ciega en el valeroso ejército y en su cuerpo de oficiales, mimados y por encima del pueblo! ¡Que se siga creyendo en el arrollador ejército boliviano y en sus generales que retrocedieron centenares de kilómetros por estrategia, dejando diariamente el campo a los paraguayos! ¡Que la prensa servil, de rodillas y abyecta, hable de estupendas victorias y de la superioridad moral de nuestro pueblo! ¡Qué pueblo! Un pueblo jamás puede ir a la guerra maniatado y humillado a luchar por sus patrones y señores. Un pueblo miserable que duerme en el suelo. Un pueblo que no conoce los rudimentos del alfabeto. Que no posee ningún derecho y se sobrevive como los espectros, sin luz en el cerebro, sin calorías en el cuerpo, sin goce en el alma. Un pueblo que solamente desde que nace hasta que muere tiene lágrimas de sangre en los ojos y espinas en el corazón. Un pueblo acobardado por los patrones, azotado por los militares, despreciado por todos los que tienen el privilegio de la piel y de la riqueza.

La derrota del Chaco es su consecuencia. La más tremenda derrota, porque precisamente los señores feudales combaten con la ignorancia del indio para ganar. Con la pasividad del indio para lucrar. Con su bondad y su ignorancia para seguir subsistiendo como clase feudal.

* * *

Y sin embargo, la derrota del Chaco tampoco pareciera que ha sido una lección para el pueblo boliviano. La burguesía agónica, sin vida y sin prestigio domina y gobierna aún. Han habido cambios. Ayer, todos, furiosamente, eran guerristas porque convenía a sus intereses. Hoy, apenas frescas las heridas, fresca la sangre vertida, los mismos actores del conflicto se han transformado en conmovedores pacifistas. Todo el mundo arroja piedras sobre la memoria de Salamanca y de esta manera pretende evadir su responsabilidad, cuando todo el mundo está enterado que la guerra fué un acto consciente y planeado por la feudal-burguesía boliviana en su objetivo de llegar al río Paraguay.

En Asunción se hizo cosa idéntica.

Las causas de la guerra son económicas. No insistiremos demasiado en este argumento, pues lo hemos demostrado muchísimas veces. Porque no se supone ni aún en la mentalidad del más cretino que se gasten mil millones de pesos y se sacrifiquen cien mil ciudadanos por un territorio que no vale nada. Es inútil disimular el fondo del conflicto y la historia con implaceable severidad calificará a esta guerra como la guerra del petróleo.

¿Pero qué panorama ofrece la post-guerra? Los mismos actores del conflicto son los amos. El pueblo se revuelca en la incertidumbre. No sabe qué hacer. No puede hacer. Se encuentra maniatado. Se encuentra oprimido. Más de tres años vive la república en estado de sitio legal. Nadie tiene derecho de protestar y de oponerse a los actos más insanos y arbitrarios. La correspondencia no puede traspasar las fronteras sin ser violada. Toda carta es abierta sin vacilación por funcionarios a sueldo de las empresas imperialistas y, como es imposible encontrar cartas subversivas por la simple razón que los revolucionarios jamás emplean el correo ordinario, se descubren en cambio, verdaderos escándalos que es inútil mantenerlos en secreto. Esas cartas violadas, nos dan informe de enormes cuentas corrientes en Bancos extranjeros, especialmente argentinos, de los excelentes burgueses bolivianos y militares, los

cuales han puesto a buen recaudo sus fortunas hechas en la guerra. Bolivia sigue, pues, en un puño. Un grupo reducido de hombres la explota y la administra como una hacienda. Más bien la destruye. No existe prensa libre y la que hay, ha rodado por todas las gradas de la indignidad hasta el extremo de exclamar que la "censura es beneficiosa". Los raros diarios que se editan y dan alguna nota de independencia son suprimidos. Prensa obrera ni siquiera ha hecho el intento de aparecer. Derecho de reunión no existe. Varios dirigentes obreros después de soportar prisión de tres años, por el hecho de solicitar permiso a las autoridades para realizar un mitin público pidiendo pan y protección para los huérfanos de la guerra, han sido confinados. Derecho de huelga, reconocido como una conquista aún por la Liga de las Naciones, no se permite en Bolivia. Los trabajadores de las minas continúan percibiendo salarios de ante-guerra, a pesar del encarecimiento de la vida hasta un nivel astronómico. Un par de zapatos cuesta más de ciento cincuenta pesos bolivianos y el salario máximo se cotiza en cuatro pesos a lo más.

En las ciudades bolivianas de mayor importancia faltan artículos de primera necesidad. El racionamiento del tiempo de la guerra continúa. El hacinamiento de los obreros en piezas reducidas reviste el espectáculo más triste. La moral está relajada y los crímenes son frecuentes.

En tanto esto pasa en las clases bajas, sufridas y esquiladas por la guerra, las únicas que han dado su tributo de sangre, en los altos círculos se bebe champaña, se juega y se realizan fortunas.

Los negociantes de la guerra pasean su insolencia por todas partes. Los responsables de la masacre son estimados y premiados. Algo más: tienen cartas de impunidad. Con su fortuna corrompen al pueblo y le obligan a prosternarse y prostituirse.

No se atiende a los mutilados como la misma prensa burguesa lo denuncia. Los huérfanos de la guerra están sin protección. Las viudas en la miseria. Los hogares disueltos. El

hambre y la desesperación en todas las caras. Para eso se fué a la guerra. Para eso se llevó al pueblo a la masacre. "En ningún sitio aparecen aquellos charlatanes que pronunciaban discursos y anunciaban que después del conflicto se repartirían tierras y se implantaría el socialismo." Ya hablaremos luego de este socialismo suigeneris y de la mimetización de la feudal-burguesía en socialista para defraudar al pueblo en sus aspiraciones.

Copiamos (1) de un manifiesto último del P. O. R. (Partido Obrero Revolucionario) creado por los exilados y el único que lucha por las reivindicaciones del pueblo boliviano estos párrafos de fuego que reflejan toda la verdad: "La guerra del Chaco ha demostrado hasta qué punto se encuentra podrida la feudal-burguesía de nuestro país. Ha puesto al vivo su generación, su incapacidad, su chatura y su falta de sensibilidad. Para los ricos la guerra ha sido un negocio. Para los pobres, sacrificio, ruina y muerte. Los cobardes y los miserables se han enriquecido con el comercio de la sangre. Nadie los castiga. Los pobres soldados, en cambio, arrastran una vida miserable. Los hijos de los políticos, de los millonarios, de los hombres influyentes se emboscaron en retaguardia. (Eso no impide que sin el menor rasguño hablen de acciones guerreras). A los pobres se les exigió la última gota de sangre. A los revolucionarios, a los hombres íntegros que aman su país, a los que advirtieron el desastre con anticipación y se opusieron con todas sus fuerzas a la guerra, se les persigue como a fieras, se les niega todo derecho y, por su convicción y su fe, se les condena a la cárcel y miseria. El orden en Bolivia está invertido. Para engañar mejor los feudal-burgueses, sintiéndose desacreditados y perdidos, estos truhanes que sólo tienen para el pueblo des-

(1) (El P. O. R.) Partido obrero revolucionario es el esfuerzo más entusiasta de los revolucionarios bolivianos en el destierro. Fué formado por los grupos "Tupac Amaru" e Izquierda Boliviana de Chile el año 1934. Hasta ahora su política ha sido justa.

precio, se han transformado en socialistas. Creen que con sólo pintarse la cara de la noche a la mañana, podrán borrar todos sus pecados y hacer olvidar sus crímenes. No hay que creerles. Hay que sepultar a la feudal-burguesía. Batirla. Denunciar a los falsos socialistas.

Es muy curioso y pintoresco lo que sucede en Bolivia. Los viejos partidos tradicionales, más bien bandas de logreros y aspirantes a puestos públicos que constituían verdaderos ejércitos de asalto, ante el descalabro de la guerra, en quiebra ideológica y, no sabiendo como ilusionar más a las masas, con un cinismo que espanta, se han tornado socialistas. Para ellos, "socialismo" es una palabra cómoda y prometidora. Transfigurándose en "socialistas", están seguros de atajar la aspiración de las masas y sujetarlas con bridas de hierro. A tal extremo son de falsos estos partidos socialistas que ninguno ha elaborado una teoría ni un programa concreto. Son socialistas como podían ser anarquistas. Ni siquiera tienen humorismo ni imaginación de inventar un socialismo boliviano, pues el manifiesto del Partido Republicano Socialista es más bien un documento fascista, confuso y tomado de los manuales de Hitler. Saavedra ha jugado una mala carta política y se ha alejado de las masas. Ahora está unido con Zalley, jefe del Partido Liberal agónico y feudal.

Volvemos a citar párrafos del Partido Obrero Revolucionario, aún con peligro de cansar al lector. Pero quien desee enterarse de lo que refleja el pensamiento de Saavedra en Bolivia, no tiene más que leer la crítica del P. O. R. Este documento estampa frases como éstas: "Socialismo es una cosa bien distinta de lo que proclama Saavedra y los que se titulan "izquierdistas". Quiere decir para nosotros, sometidos y enyugados al capital financiero, en condición humillante y cuasi sin soberanía, prácticamente las siguientes cosas dentro de la primera etapa del socialismo: nacionalización de nuestras fuentes de producción, minas, petróleos, ferrocarriles, Bancos. Expulsión de las compañías extranjeras que nos succionan y disecan nuestra economía. Anulación de las deudas. Socialización del

campo, distribución de las tierras a los ex-combatientes obreros e indígenas, democratización del ejército, toma del poder por los obreros y campesinos, dirigidos por su vanguardia proletaria, por el P. O. R. que conducirá la revolución hasta sus últimas consecuencias."

Los partidos socialistas que se forman o socializantes no tienen programa revolucionario, ni siquiera son reformistas. No saben donde van. No tienen timón. Simplemente preparan el clima y el caldo al fascismo criollo. Serán sus mejores soportes. Aparecerá algún caudillo militar o civil que desgaje con el sable y los saque de cuajo a los sedicentes e inocentes socialistas del terreno que pisan. Los más listos se acomodarán como funcionarios.

Si efectivamente se quiere crear un movimiento socialista formal —las condiciones objetivas lo reclaman— es preciso hablar claro de lo que se va a hacer, de lo que se hará en el futuro, y formar un partido serio que tome sobre sus hombros la tarea de voltear el feudalismo y arrastrarlo por tierra. Esto como primer paso inicial. Esta tarea es de hombres. Esta tarea tiene que ser la substancia y la esencia de cualquier revolución socialista.

* * *

Bolivia, nuestro país, después de la guerra ha ingresado en el desbarajuste y la confusión. La impresión que da el panorama político es que allí los partidos nuevos se agitan en un mar de confusiones, vacilaciones y cobardías que concluirán por hundirlos. Nosotros decimos con toda responsabilidad lo siguiente: O Bolivia se liberta de su triste situación de país semi-colonial, rompe con el feudalismo, audaz y valientemente, o permanece en ese estado nebuloso y turbio, sin personalidad, sin repeto y sin autoridad moral, a merced de los explotadores, hasta su total liquidación como Nación.

Si no hay claridad en los revolucionarios, si no hay lucidez, que se prepare la república a morir y disolverse. La propia feudal-burguesía cava ya su fosa. Alienta el regionalismo. Divide

a los pueblos. Les inyecta odio hasta la próxima guerra, es decir, la cuarta, o sea la segregación de Tarija y Santa Cruz.

Esa feudal-burguesía procede con la ceguera de su derrota. Habla de reconstituir la nación y niega el ingreso de quince mil ciudadanos bolivianos exilados, perseguidos y refugiados que viven en la Argentina, tal vez el elemento más sano, más fuerte y vigoroso de la nacionalidad.

Esa feudal-burguesía habla de "patriotismo" y destruye la patria. ¿Cómo pagará su deuda astronómica de cerca de mil millones? ¿Cómo solucionará la cuestión petrolera? ¿Entregándose a la Argentina? La feudal-burguesía no conoce sino un método: la venta del país, el sometimiento a las compañías extranjeras, el empréstito.

Y en fin, ¿cómo alfabetizará y civilizará a la población? No conoce sino otro método: alcohol al mestizo, prostitución como reserva, palos al indio y también metralla. ¿Ejército de trabajo para reconstituir la nacionalidad? No. Ejército de esclavos para que trabajen en las minas de Patiño y Aramayo. Salarios de hambre.

* * *

El balance de Bolivia después de la guerra es dramático. Queda librada su solución a los más audaces, a los más valientes y a los auténticamente revolucionarios. El problema no consiste en declararse socialistas, sino en ser "socialistas". El hecho de elaborar un programa y de proclamar una constitución revolucionaria no significa "revolución", sino se hace la revolución; si los dirigentes no confirman sus palabras con hechos concretos e inmediatos; si no existe un partido vital, orgánico, que tome la tarea de dirigir, impulsar y llevar adelante todas las reformas con puño de hierro. De otra manera seremos deshechos y barridos por la reacción. Seremos pasto del imperialismo extranjero y humillados hasta arrastrar la lengua por los suelos y sudar sangre por los cuatro costados.

En el instante actual, liberales y republicanos —es decir, la reacción conservadora patronal— ha firmado el pacto de su

unión y defensa. Jamás hubo diferencias ideológicas entre ellos. No les separó sino su ambición, su predominio del poder. Ambos partidos tienen en su seno señores feudales, negociantes e intermediarios del imperialismo. Su unión era necesaria para defenderse del bullicio socialista. Algo más: en este instante, esos partidos conspiran y desean ganar tiempo para dar un golpe de mano feliz que les asegure el poder. Detrás de ellos están los millonarios. Detrás de ellos están los imperialistas yanquis e ingleses.

Nosotros debemos responder a los conspiradores burgueses con la revolución del pueblo boliviano proletario, dirigido por su vanguardia. Nosotros debemos atacar a la vejez que se mimitiza en socialista, levantando en alto nuestra bandera y nuestras consignas: "tierras al pueblo, minas al Estado Socialista". A los vendedores del país, a los entregadores del territorio, tenemos que responder con nuestro nacionalismo económico. No nacionalismo lírico. No bolivianismo de palabras, de discurso o de diplomáticos, sino la posesión de Bolivia por los bolivianos, comprendiendo sus riquezas y recursos naturales; su independencia como nación, su dignidad como pueblo, su aspiración legítima de dar a todos sus habitantes una posibilidad económica para su desarrollo, organizándolos, procurándoles medios técnicos, y saliendo de las tinieblas, del empirismo y del régimen feudal al rango que le corresponde, si sabe libertarse de las trabas y cadenas que le oprimen. Y siendo nacionalistas revolucionarios, haciendo la revolución socialista en nuestro país y contemplando nuestras condiciones y modalidades, somos también internacionales, entramos al plano internacional, estrechando la mano con nuestros hermanos del continente.

* * *

Unas palabras finales sobre el autor de este libro.

Ricardo Setaro contribuye a la historia documentaria de América con este trabajo. El autor conoce perfectamente que, sólo los libros documentarios pueden tener interés en esta época.

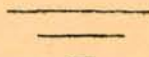
Por eso, en el libro de Setaro no hay ficción, ni fantasía, ni literatura. Hay un realismo y una verdad que quiere demostrar. Hombre de su tiempo, curioso por lo que pasa en el continente ha viajado y ha sufrido. Al revés de los escritores sedentarios o de los teóricos con almohadones de seda en las asentaderas, Setaro anduvo y vagabundó por el mundo. Supo lo que es dolor y el pan ajeno. Por eso estimó a los revolucionarios exilados y puso todo su amor y su juventud para servirlos.

Setaro es considerado como uno de los periodistas más ágiles y brillantes del medio porteño. Es estimado también por su seriedad y discreción.

Lector: este libro te hará bien. Comprenderás, por fin, cómo dos pueblos del Continente fueron engañados y masacrados por las feudal-burguesías de Bolivia y Paraguay. Y en cuanto a nosotros, estaremos satisfechos, si alguna vez nuestros ojos ven en las montañas del altiplano flamear las banderas libertadoras. Estaremos satisfechos de haber sufrido y luchado, soportando dolor, cárcel, incomprensión, frío y enemistad.

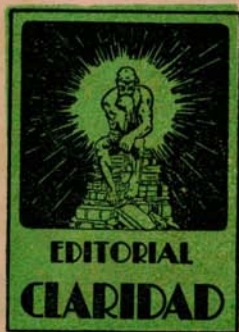
TRISTÁN MAROF

Buenos Aires. febrero, 1936.



INDICE

Prólogo	5
Noticia sobre la documentación de este libro	23
José Ayoroa	29
Los conductores	39
Los conducidos	63
Los revolucionarios	79
Los fascistas	91
¿Quiénes son los culpables de la derrota?	101
Palabras finales	107



50 cts.
